

PIEDRAFITA

Lourdes Dominguez

«Accésit del Concurso de Artículos Pyre-naica 1982, por considerar que su autora consigue transmitir de una forma directa y dentro de un planteamiento original, las vivencias de su primer encuentro con la alta montaña.»

Era la primera vez que salía con ellos. Con esta salida descubrí un mundo que yo sabía que estaba por cualquier parte, pero que no había encontrado nunca. Vi la montaña como una nueva dimensión. Se presentó así, amplia, retadora, intensa. Sabía que iba a ser muy importante el hecho de ir. Por eso luché como para lograrlo. Y lo logré. Sabía que iba a ser importante, pero no sospechaba que lo fuera tanto.

Estoy nerviosa e intranquila. Tengo ganas de que llegue Iñaki y me diga lo que tengo que hacer.

Esto lo escribí el viernes cuando todavía no había entrado nadie en la academia. Aquel día estuve sola con todos. Poco más tarde vino Iñaki. Apenas hizo nada. Me quería decir la hora, dejarme las polainas de Rafa. Ya había hablado con su amigo y había quedado en ir a buscarme a Rentería. Fue uno de los gestos de caballerosidad que fui viendo en ellos a lo largo de cuatro días.

Acabo de pasar por una experiencia inolvidable. Hablaré de ella, pero se me quedarán cosas en el tintero. Físicamente, duros, una prueba dura, pero un llenazo total. He conocido dos personalidades como no creía que iba a encontrar.

Me empeñé en ir y lo logré. Movilicé un montón de cosas, me hice con el material. Iñaki lo hizo casi todo. Me ayudó mucha gente. Al final, salí. Me comprometí sin contar con el consentimiento de mi madre. Una vez comprometida, no me podía volver atrás. Sabe mi madre que me gusta cumplir la palabra. Ya no había vuelta de hoja. Me arredré y arrepentí algunas veces. Pero fui. Y ahora no me arrepiento de nada. Cuánto, cuántísimo habría perdido si me rajo. Porque sé que he aprendido un mon-

tón. Porque estoy en contacto con ellos. Volví un poco más hecha.

A las siete de la mañana nos encontraríamos el amigo de Iñaki y yo en la esquina, a la entrada de Rentería. No sabía nada de él. Sólo que se llama Josema, que su coche era azul matrícula SS-N. Estaba de noche. Esperé un rato y, después, vi acercarse un coche. No me di cuenta al principio. Sólo cuando me fijé en la N de la matrícula. Salió él del coche. «Eres puntual». Ese fue su saludo. Me ayudó a meter la mochila. Pronto entablamos conversación. Hablamos, como es natural, del monte. Me contó que conocía pocos montes de por aquí, que le gustaban mucho los Pirineos. No vi por ningún lado la timidez que me habían contado que tenía. Es curioso cómo las primeras impresiones se quedan grabadas. Llevaba un jersey con dibujos en la zona del pecho. Me llamó la atención su semblante serio. Pensé que era un tío muy atractivo.

.....

Se han metido a un bar. Ha sido por ella. Le he oído comentar que tenía sed. Me he dado cuenta de que había llegado mi hora final. Mi amistad con ellos se tenía que acabar. Ellos lo sabían y les costaba tener que admitirlo. Me he retirado a tiempo. Cuando salgan se preguntarán dónde me he metido. O, igual, ni siquiera se acordarán de mí. Es mejor así, sin despedidas ni sensiblerías.

A ninguno le gustan las sensiblerías. He recibido muy poco cariño. Era uno más en su silencio. No hacían más que andar y callaban. Se preocupaban por mí. Me sacaron fotos y se ocuparon de que comiera a mis horas, con ellos, como bien educado que me podían hacer.

.....

Ya antes había oído cantar a Silvio Rodríguez, pero no mucho. Apenas podía tارا-

rear algo de él. Por eso me chocó tanto oírle durante todo el viaje. Le escuché con una intensidad increíble. No podía captar todo a la primera y deseaba volver a oír las canciones. Las canciones de Silvio Rodríguez, ahora, cuando las escucho, van unidas a la salida primera. Fue otro de los descubrimientos.

Estoy admirada de la valentía de ellos. Quizá ha sido la lección más grande que he aprendido con ellos. No miraban lo que iba a pasar. Había que hacerlo. Nos habíamos arriesgado a aquello. Ibamos andando con el piolet. Desde que salimos del primer refugio no soltamos el piolet. Pasamos por sitios que a mí me empezaban a parecer peligrosos. Sólo porque había bastante pendiente y debajo de nosotros había un barranco. Un resbalón y te caes al río para no contarle más. No había más remedio. Seguir. Con la obligación fui venciendo el miedo. Cada vez clavaba, metía más segura los pies en la nieve. No sabía que aquello no era nada.

.....

Desde que me pegué cuando bajaban del coche. No sé qué es lo que me atrajo hacia ellos. Tal vez las voces jóvenes. Me llamaron chucho y no me hicieron demasiado caso. Hablaron algo de la pinta que yo llevaba y se pusieron a hablar de otros. Yo les oía. Me gustaba cómo hablaban de la naturaleza. Era un respeto tan grande que me aseguré que entre ellos me encontraría bien. Andaban lentamente. Habían dejado arriba las mochilas, pero andaban lentamente. Yo, a su lado, entre la nieve. Me tenían en cuenta. A pesar de que hablaban poco, me tenían en cuenta.

.....

Sí, es cierto. A mí también me llamó la atención el profundo respeto que tenían hacia la naturaleza. Había conocido hasta entonces gente ecologista. Uno de mis



mejores amigos era pasada ya, pero no lo había vivido tan de lleno como con estos dos. Ni un descuido, ni un papelito, ni un solo detalle de destrucción. Con sus comentarios seguía descubriendo. Tampoco era respeto por la naturaleza llegar con el coche, cómodamente y sin esfuerzo. Comer igual que en casa, incluso con el olor a coche. Destruir un poco. Ensuciar. Dejar una latita, un plástico, un envoltorio. La sociedad de consumo que llega hasta los sitios más opuestos a ella. Por eso son incompatibles. El solo gesto de la comodidad, de enfrentarse fácilmente a algo que exige esfuerzo para poder disfrutarlo plenamente, ya es una falta de respeto a la naturaleza. Eran cosas que yo intuía antes, las sentía también. Pero hasta que no las vi claras en sus comentarios un poco teñidos de ironía, no hice propia la opinión.

.....

Allí estábamos, sentados en el respaldo del banco, con los pies en el asiento. Mientras, Josema, que tenía los pies secos, fue preparando todo. Nos hizo la cena, nos dio agua. El tenía los pies secos. No hizo falta que dijera nada, no hizo falta que pidiéramos nada. No echó nada en cara. Le salía. El podía hacerlo mejor, y lo hacía. Los pantalones se le habían mojado. Luego, al final, comentó que las piernas las sentía frías. Mientras, no había dicho nada. No paró.

Era una mandada. En casi todos los momentos me sentí una mandada. Era parte activa, pero tenía gran parte de espectadora. Estaba observando tanto, viviendo tanto que el espectáculo me fascinaba. No me importaba sentirme mandada. Provocaba que fuera así. Me tenía que someter a las costumbres que ellos tuvieran. Además yo no las conocía y tenía que descubrirlas por mi cuenta. Obedecía con gusto, los imitaba siendo consciente de que esos gestos suyos, que yo copiaba, pronto los teñiría con mi personalidad y los haría propios. Estaba en proceso de aprendizaje. Mi temperamento, desobediente por naturaleza, se estaba dejando llevar sabiendo lo que hacía.

.....

Cuando se pararon entre las mochilas, para prepararse a andar, me dieron tortilla y la chica me acarició. Es tan sabrosa una caricia cuando todo el mundo te echa a patadas de todos los sitios. Me llamó chucho otra vez y me echaron tortilla. Decían que qué listo porque me comía la tortilla antes que el pan. Claro, listo. Como todos los que tienen la vida dura. Listos y tontos a la vez porque no tenemos malicia para disimularlo.

.....

De repente, Iñaki se dio media vuelta y cambió una mirada de inteligencia con Josema. Había que pasar por allí. Dios, no esperaba aquello. Saltar por una cascada y luego pasar por una pared de una

pendiente enorme. La nieve estaba dura. Se podía pasar clavando el piolet. Me sentía segura entre ellos. Pasé un poco de miedo, pero tuve que hacerlo. Y lo hice. Iba poniendo las manos en el piolet. Obedecí lo que Iñaki me decía. Poner los pies en los agujeros que él iba haciendo en la nieve dura. Un rato. Unos minutos. O uno sólo. No me sentía capaz de calcular el tiempo. Cuando pasamos por aquella pared, respiré tranquila. Me había gustado.

La primera noche dormimos en un refugio con dos paredes. Así es como siempre lo he definido cuando he hablado de él. Poco hicimos aquel día. Llegamos casi al mediodía. Dejamos las mochilas y los trastos. Empezaba a nevar. Nosotros tres bajamos en coche a dejarlo allí. Sallent de Gallego es un pueblo majo. Nunca había estado en uno de esos pueblos de la alta montaña. Los tejados tienen mucha pendiente. Las casas no eran muy altas. El tono oscuro de los tejados contrastaba con la claridad del paisaje. Hay una especie de tranquilidad colgada de esos tejados que tanto me gustaron. Algún detalle de carnaval. Sólo alguno. El aire frío que se respira por allí parece que te refresca por dentro.

Hablábamos, en el camino de vuelta por las mochilas. Aquel perro que se nos había juntado nos había caído bien a los tres. En medio del camino, nos tropezamos



... que tenía dos y cuatro perros y las
 hacía algunas veces por detrás, que
 como uno venían con zapatos.
 ... a resistir con los hábitos sin
 ... la posición a hablar. No amon-
 ... me un idioma extraño para
 ... también me enseñaban a manejar el
 ... me dijo la ciria. Me metí un
 ... me dije que era la ciria. Me metí un
 ... me dije que era la ciria. Me metí un
 ... me dije que era la ciria. Me metí un
 ... me dije que era la ciria. Me metí un
 ... me dije que era la ciria. Me metí un

El circo de Piedrafita.
 Al rededor del lago había montes.
 Como si lo estuvieran protegiendo.
 Unas montañas blancas. Imponentes.
 Más que las que habíamos visto
 desde abajo. Balaitus. La Gran Facha.
 El Intierno.

mos con una pareja que tenían dos o tres perros hermosísimos. La pareja iba a juego con los perros. Un equipo para el frío, de la ostra. No sé si el equipo incluye también la mala educación. No nos saludaron. Sólo que prohibieron a sus perros juntarse con el nuestro. Entre ellos se ladraron. Cualquiera adivina el extraño lenguaje que ellos usan. No me gustó el tono imperativo, despreciativo con el que trataron a nuestro perro. Se estaba convirtiendo en algo nuestro. Cuando pasó aquello me cayó todavía mejor el animal.

Y nos seguía. Nos siguió incluso cuando nos echamos encima las mochilas.

Poco anduvimos. Supongo que, al principio, mostraría torpeza andando por la nieve. Casi no recuerdo el primer primerísimo momento. Sí, que fui deprisa. Rafa me había dicho que iban a mucha marcha y yo lo creí. Efectivamente, como ellos decían, iban muy despacio. Otra de las lecciones que iba a aprender. Pronto vimos el refugio que tenía dos paredes.

La primera impresión fue de sorpresa. Me imaginaba que íbamos a andar un montón pero pronto llegamos allí. Y allí íbamos dormir. Pero si sólo tenía dos paredes. Afuera estaba todo nevado. El lago estaba medio helado.

Con mi inexperiencia me iba a encontrar con muchas sorpresas. No sabía que

aquello podía ser un estupendo refugio, una especie de elemento salvador en algún que otro caso.

Nos paramos allí. Al día siguiente iríamos hacia Piedrafita. Teníamos casi toda la tarde para nosotros. Pusimos el plástico a tender para que se secara. Antes había estado tapando las mochilas mientras íbamos a dejar el coche en Sallent. Comimos algo. Miramos. Los dos leyendo algo de alguna revista. Nos reímos un rato. Miramos. A buscar agua con el perro. Me seguía y me gustaba que me siguiera. Parecía, era, un camarada más.

Todo se hacía sin prisa. El marco era bonito por demás. La nieve, el verde entremezclado con el blanco. Y el lago. Nunca había visto un lago de ese estilo. Todo hielo por un lado. A medias por el otro. Montañas azuladas al fondo.

Tenía los pies mojados. Pero no tenía frío. Ni malestar. Con todo el tiempo que estuvimos allí hasta que oscureció y no me aburrí un solo momento. Apetecía estar. Sin más. Dejarte relajar por aquella maravilla que tenías delante.

Y oscureció. Fue estupendo. Encendimos una hoguera. Con algo nos teníamos que calentar un poco. La noche venía muy fría. Con estrellas. Josema se ocupó de encender el fuego. Le costó, pero se empeñó. Y, aunque le costó, no paró hasta que la

encendió. Observé la tenacidad de Josema. Luego, al fuego, de pie, un rato, hablamos. Entonces me enteré de que vivía independiente, con otro chico en un piso. «Desde que empecé a trabajar me emancipé», me contó. Entonces sabía muy poco de ellos.

Nos metimos muy pronto a los sacos. Pusimos el plástico en el suelo. Dormí bastante bien. Yo no tenía saco plumífero como ellos, pero con mis dos sacos me arreglé bastante bien. No pasé frío. El perro me calentaba los pies.

Creo que era la conjugación de todo. Estar allí, luchar contra los medios. Descubrir, momento a momento, cosas nuevas. Me dormí en paz conmigo misma.

El recuerdo es atractivo. Empezaba a descubrir los secretos de la montaña. Había arriesgado y había salido de allí. Iba segura entre ellos. Delante, Iñaki; detrás, Josema. No me dejaron sola ni un momento. Iñaki me enseñó a clavar el piolet. En el camino me sacó unas cuantas cosas de la mochila. Pocas palabras, ni una promesa. Hechos. Así, hechos y ya está. «Tienes mucho peso. Quitátele la mochila».

.....

Durante los cuatro días que estuve con ellos me sentí libre. Una de las tardes, una tarde tranquila que estaban los tres sentados en el banco, entre la nieve, al

sol: una tarde que yo quería jugar y les hacía alguna picardía por detrás, aparecieron unos. Venían con esquíes.

Salí a recibirles con un ladrido simpático. Luego se pusieron a hablar. No entendí porque era un idioma extraño, pero también me rechazaban. «Venga, chuchito, vámonos», me dijo la chica. Me metí entre ellos. Esta vez entre ellos. Sentí la necesidad de estar entre ellos. Sí, me querían, pero estuvieron hablando de no sé qué problemas con sus casas. Vi próximo el final. Y los intentos no me valieron para nada.

Después de andar por el monte cantidad de veces, he aprendido que la primera hora de andar es la peor. Después, te calientas, sigues, sigues y eres capaz de lo que no te imaginabas al haber salido.

Así me ocurrió al día siguiente, al segundo día de la salida. A las ocho y media empezamos a andar. No parecía que iba a hacer malo.

Después del desayuno, ligero y agradable, se cogía bien la mochila. Calentábamos agua y metíamos allí una infusión de manzanilla o té. Untábamos galletas. Para el desayuno, contábamos con el bizcocho que había preparado Josema. Un bizcocho jugoso, con un sabor buenísimo. Entraba muy bien por la mañana temprano.

Cogimos las mochilas, sacamos los piolets y nos pusimos a andar. No tardé mucho en sentir sed. No sabía que lo mejor era no empezar a beber pronto porque luego volver a sentir más sed. Bebí el agua del río. Al cabo de otro rato nos volvimos a parar para beber de una cascada.

Cuanto más nos íbamos adentrando más hermoso se presentaba el paisaje. Las montañas, cada vez más imperiosas, se mostraban altivas. Elegantes. Firmes. Blancas. El camino se hacía cada vez más difícil.

No sabía todavía todo lo que servía el piolet. Cuando más lo manejaba, más gusto le iba cogiendo. Toda la firmeza del paso, la seguridad del camino, el poder vencer una pendiente, depende del piolet. La primera paletada la pagué, claro. «Esto ¿para qué es? ¿Para saber qué profundidad tiene la nieve?».

Ellos no se reían porque no sabían. Me enseñaban con esa sencillez, con esa forma tan clara de decir las cosas. Como suele decir una amiga mía, iba con los ojos como platos por todos los sitios. Con ellos iba descubriendo. No me apuraba preguntarles nada. Sin querer, estaba aprendiendo mucho para mi labor docente en la ciudad.

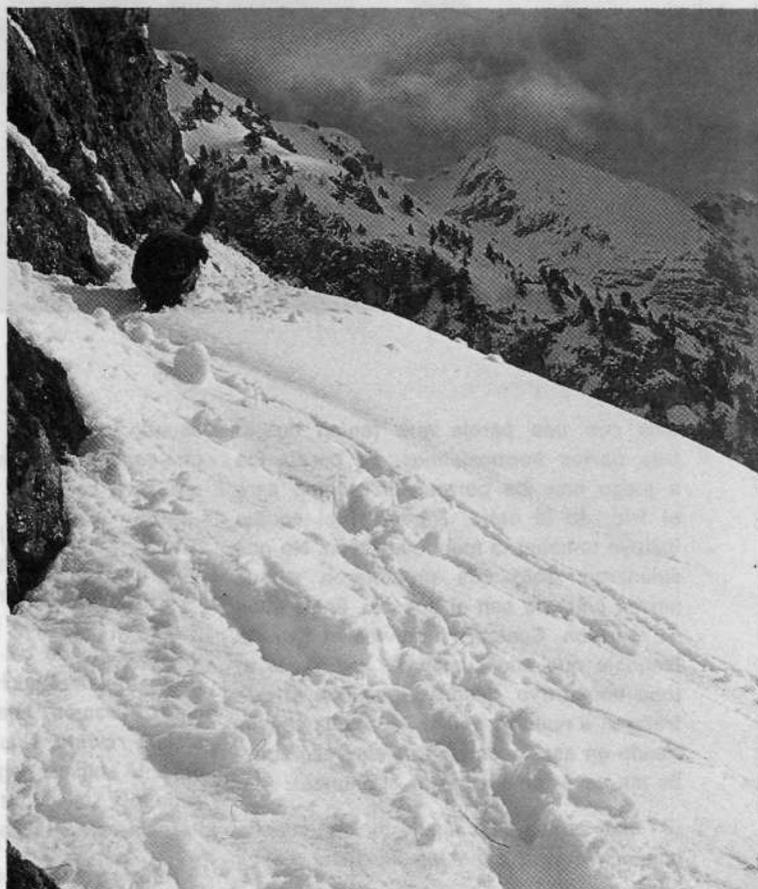
Hablaba muy poco; tan poco que todo lo que decía tenía sentido. Con una frase dicha sencillamente mandaba casi una orden. «No sueltes nunca el piolet, nunca». «Métete dentro». «¿No quieres comer esto? Te hará falta».

Sí, me sentía cómoda con él. Porque era sincero, llano, limpio. Miraba de frente y sonreía con los ojos. Era todo actividad. No paraba.

El segundo día fue el de la gran matada. Ellos habían ido antes, en un verano. Me contaban que entonces habían tardado tres horas y media o tres horas. No sé. Ahora sería cuestión de cuatro horas.

de acuerdo. Dentro de media hora, o dentro de diez minutos, nos paramos a comer algo. Igual eran las tres. O igual las cinco. Rompes los esquemas que tienes en la ciudad.

Aquel día no anduvimos mucho. Llegamos a un refugio con dos paredes. Seguía con ellos. No me habían rechazado en ningún momento. Me daban de comer. La chica me volvió a acariciar y uno de los chicos me daba de comer. El fue el que me iba educando. Hablaban mucho de mí y eso me halagaba. Por un poco de tiempo, me sentí importante. Y tuve ganas de lamerle a la chica. Ella saltaba y me decía



Me hundía en la nieve, pero salía y volvía a subir. Hubo veces que me costó cantidad pero fui con ellos todo el tiempo.

No nos imaginábamos todo lo que se iba a dificultar con la nieve.

A veces me hundía y me costaba salir. Seguía las huellas de Iñaki, pero a veces costaba salir de ellas. Andábamos y andábamos. Perdía la noción del tiempo. No puedo recordar todo el tiempo que estuvimos andando.

Las paradas eran una gozada. Es un placer especial dejar la mochila, sacar algo para comer, hablar un poco y luego volver a coger las mochilas. Se saborea el tiempo que estás libre de pesos. Sacábamos las nueces, las pasas, el chocolate. Cuando teníamos hambre, cuando nos quedábamos

que no la chupara. Era como un juego. Pero ella no jugaba. Lo decía de verdad. No quería que yo la lamiera. Yo sólo quería agradecerle las caricias, que me llamara chuchito. No me acariciaba casi nada, pero era tan sabroso aquello. Además tenía las manos suaves. Era otra cosa. Me dolía que se me echara atrás cuando yo también quería acariciarle a mi manera, pero no me importaba demasiado, y lo intenté varias veces. Dicen que la fidelidad es terrible y que aguanta lo que sea.

En la subida hacia Piedrafita nos paramos varias veces. Aquello se estaba haciendo muy duro. Era lo largo del tiempo, la

cantidad de horas que llevabamos andando y todavía sin la posibilidad de encontrar un sitio donde pasar la noche.

Hacia las cinco o así nos paramos en unas piedras para comer algo y para recoger un poco de agua. Todavía no sabíamos si íbamos a tener que pasar la noche debajo de la nieve. Cogimos un poco de agua de la gotera de la piedra y Josema fue a mirar si se veía el refugio.

«Pronto tiene que estar ya», dijo. Aquello lo llevaba oyendo durante todo el día. Pero seguimos. También durante todo el día seguíamos para adelante.

subir. Hubo veces que me costó cantidad, pero fui con ellos todo el tiempo. Se admiraban de mí y me volví a sentir importante. Me habían dicho que me portaba estupendamente porque había espantado algún ratón por la noche. Después de eso me dormí encima del saco de ella.

El único encuentro humano que tuvimos fue con unos franceses. Estuvimos totalmente solos durante todo el tiempo. Menos aquel día que nos voló por encima un helicóptero. Y luego los franceses. Fue un encuentro chulo. Tampoco sabía entonces que los encuentros en el monte son casi siempre chulos cuando se comparte un cierto espíritu o un cierto entusiasmo por lo que se está haciendo.

Estábamos tranquilamente sentados. A Josema se le había ocurrido hacer escaleras en la nieve con una pala que había en el refugio y en plena faena estaba cuando empezó a ladrar el perro. Oímos unas voces. Cosa rara. Me alegré a la vez que me decepcioné un poco. Creía que éramos los únicos que estábamos allí.

Se asomó una cabeza rubia y nos saludó en francés. Luego otro y nos saludó también. El ruido que hacían era de algo que deslizaba. Eran los esquís. Los dejaron en la pared del refugio donde estábamos nosotros y desaparecieron de nuestra vista. Antes de que se metieran por el otro lado les pregunté de dónde venían y respondieron algo que no logré entender del todo. Era algún nombre propio.

Lo mismo que cuando tuvimos que bajar el martes. Nevaba. Soplaba viento. Aquello se estaba poniendo feo. Nos preparamos, recogimos todo. Pregunté: «¿Ya llegaremos?». «No sé», contestó Josema, «cuando lleguemos lo veremos». No sé si tenía o no miedo. Salimos. Adelante, siempre adelante. Pase lo que pase tendremos que ir adelante. No se lamentaban por lo que iba a pasar. Podía ponerse peor el día. Fue todo un reto.

Con ellos aprendí que preocuparse por lo que va a pasar antes de que pase es una tontería. No arreglamos nada. Era igual que nos lamentáramos. Cuando salía el sol, salía el sol. Cuando nieva, nieva. Mi preocupación no hacía caer la lluvia ni salir el sol. Salió bien la cosa. Podía haber salido mal. Pero siempre adelante. Nos arriesgábamos a tener que hacer un iglú. Si caía la niebla y nos perdíamos, si se habían borrado nuestra huellas, podían pasar un montón de cosas. Pues nada, adelante. Ni un lamento, ni una palabra de sobra.

Naturalmente, con mi inexperiencia estaba admirada. Ahora sé que sí importa, y mucho, que nieve o que haga niebla, para decidirse por una salida o por una retirada.

Me trataban bien. Y les salía de dentro. Ni un solo golpe, ni un solo maltrato, pocas palabras cariñosas, pero mucho cariño del bueno. La madrugada del refugio. No había querido aquel pan, pero bien bueno que me supo de madrugada. Como tantas otras cosas. No eran tan duros. Al final, siempre me daban de lo bueno.

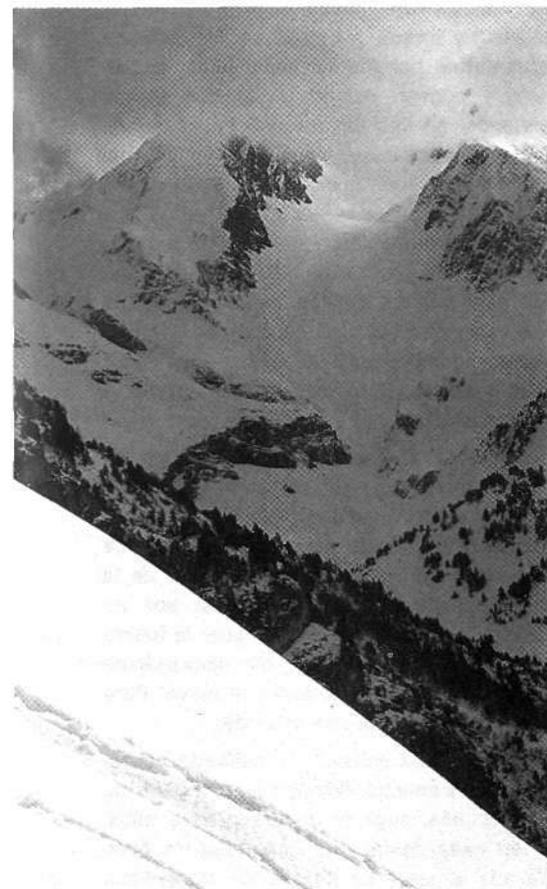
Al día siguiente no nos levantamos como el anterior. Cuando me desperté, hubiera seguido mucho más tiempo dentro del saco. Al fin y al cabo lo de los dos bancos había sido una buena idea. Había seis bancos en la ermita. Los habíamos puesto de dos en dos, de forma que las espaldas de ambos quedaban para afuera. Con la anchura de los dos bancos se estaba bien. Permitía una cierta movilidad y también una cierta intimidad. Cuando tuve la primera noción del día, Iñaki ya estaba levantado. Aquella noche había dormido bastante mal.

En el camino pudimos contemplar con más tranquilidad cómo era aquello. En medio había un lago. Estaba helado. O vacío. No sé. Era una presa y en invierno la vaciaban. Pasamos por un puente que me dio bastante vértigo. Estaba perdiendo eso, el miedo a la altura, pero aquello me imponía. Un montón de piedra en línea recta. Así. De repente. Un montón de metros. En picado. Se te podía ocurrir tirarte de allí en chirrista, pero te refrenaba pensar en la velocidad con que podías llegar. Alrededor del lago había montes. Como si lo estuvieran protegiendo. Unas montañas blancas. Imponentes. Más que las que habíamos visto desde abajo. Balaitus. La Gran Facha. El Infierno. No íbamos a subir a ninguna. Se nos había hecho tarde. La nieve estaría blanda y la subida sería más difícil.

Luego, todos sentados en el respaldo del banco, hablamos. Se estaba bien hablando. Nos metimos a los sacos hacia las doce y media. Fue el día que más tarde nos acostamos. La conversación había sido muy agradable. Había sido un pequeño triunfo. Estábamos satisfechos. Compartíamos mucho, demasiado para estropearlo diciéndolo con palabras.

Me sentía feliz entre la nieve. Libre. Subía y bajaba. Era una energía como especial. Eso de que me llamaran chucho. ¿Dónde se habrá metido este chucho? Los contemplaba, desde la punta, cargados, andando lentamente, «Son valientes», pensaba.

Pronto estuvimos los tres de pie. Después, lentamente fuimos preparando las



Y, al final, lo vimos a lo lejos. Cuando me lo señalaron era un trozo de metal que brillaba. Pronto iba a ser de noche. Más ánimos. Incluso aceleramos la marcha. Anduvimos por la parte alta de la pendiente, donde la nieve estaba más dura. Ya lo habíamos visto. Ya no importaba tanto. Teníamos la posibilidad de pasar la noche bajo techo. Nos animamos un montón. Incluso me noté más segura andando por la pendiente.

Al día siguiente anduvimos mucho tiempo. Ellos se admiraban de mi resistencia y de lo ágil que subía por las rocas. Me hundía en la nieve, pero salía y volvía a

cosas. Aquel día no salíamos para ningún monte. Aquel día nos tocaba vacaciones y estar sin hacer nada más que disfrutar de lo bueno que estaba haciendo. El día salió estupendo. Arriba en el tejado, dejamos los pantalones, los calcetines, toda la ropa que teníamos mojada.

Sin prisa de ningún tipo desayunamos y nos preparamos para salir. A dar una vuelta, como decían ellos. Ropa, algunas pasas en las mochilas y nos pusimos a andar. A mí no me dejaron coger mochila. Nos fuimos hasta el refugio. Teníamos que tantear por dónde estaba dura la nieve. Iñaki, que iba el primero, se hundió varias veces. Alguna, ya nos salvamos de algún agujero.

.....
Era una comunicación silenciosa e intensa. Me parece recordar cuando llegamos el domingo a la ermita. Vi la mole de repente. «Esto es». Por fin habíamos llegado a un sitio cubierto. Ni me lo creía. No importaba que la ermita estuviera llena de nieve. Que hiciera frío, que tuviéramos que arreglárnosla como podríamos. Al final, se había hecho realidad eso de no dormir entre la nieve. Tenía los pies mojados. Todo el día andando con los pies mojados. Pronto me calaron las polainas. También a Iñaki le habían calado. Nos descalzamos, nos pusimos calcetines secos y metimos los pies en el saco.

La sed. Sed sí que pasé en aquellos días. A veces cogía nieve del suelo y la chupaba, pero no calmaba nada la sed y, además, mis compañeros me recomendaban que no lo hiciera. Pero con respecto a la sed también tengo grabadas una de esas sensaciones compañeras que te relajan de vez en cuando al oír el ruido del agua.

El sol declinaba. Teníamos que volver a la ermita y decidimos hacerlo por donde habíamos venido. Hubiera sido más agradable volver por el otro lado del lago y así fisgar cómo estaba el nuevo refugio que está en construcción, pero el sol daba para allá y la nieve estaría blanda.

No tardamos mucho en llegar a la ermita. Mucho menos que al ir. La nieve estaba ya dura y apenas nos hundimos.

La ropa ya estaba seca y nos preparamos para ir pronto al saco. Al día siguiente teníamos que bajar y la cosa se estaba poniendo un poco fea. Pero teníamos que bajar. Las obligaciones de nuestra vida normal nos llamaban. No me apetecía marcharme de allí. Dejar esa tranquilidad, esa paz conmigo misma. Pero ardía en deseos de ver a mi gente, de contarles cosas.

.....
Me parece respirar todavía la tranquilidad que respiraban aquellos tres franceses a las cinco de la tarde en la puerta

del refugio. Habían sacado un montón de cosas, bueno, las cosas que llevaban y no eran un montón, claro, porque al monte no se puede llevar un montón de cosas. Estaban bebiendo algo y calentaban nieve. La imagen de los franceses a la puerta del refugio, a las cinco de la tarde, con las mochilas abiertas me dejó uno de esos recuerdos que se quedan en gesto, en los sentidos y que, casi casi, son definitivos a la hora de decidirse por algo. Hablamos bastante rato. Nos contaron que venían de no sé dónde porque la verdad es que no llegué a entender del todo el lugar de donde venían, a pesar del mapa y de su buena voluntad por darle la vuelta. Habían seguido nuestras huellas y se habían extrañado de que hubiera gente por allá. Más les extrañó que anduviéramos sin esquís. Fue un encuentro que me gustó. Eran de París. Se me olvidó preguntarles si ése era su sistema de vacaciones. «Et de l'eau?». «Avec de la neige, comme vous».



Detrás de nosotros el perro jugueteaba todo el rato.

El tiempo pasaba rápido. Mucho. Volaron los cuatro días como siempre. Dentro de nada hay que bajar. Ya. ¿A que no parece? Si parece que hace un rato hemos subido. Y sin darnos cuenta ya estábamos dentro del coche camino de casa.

.....
Los intentos que hice para frenarlos no me valieron de nada. Ellos seguían la huella para volver.

.....
Alguno de nosotros tuvo la feliz idea de sacar el banco de dentro del refugio. Lo clavamos en la nieve y allá nos sentamos. El tiempo estaba espléndido. El cielo azul. Un azul intenso que contrastaba con el blanco. Buena temperatura. Cuando el sol se iba hacia el otro lado cambiamos el banco al otro lado y nos volvimos a sentar. Detrás de nosotros el perro jugueteaba todo el rato. Hablábamos de cosas. No hacíamos nada. En aquellos momentos nos apetecía justo eso: no hacer nada.

No sé si fue lo mejor, pero sí lo que con más gusto recuerdo. Eran casi las doce de la noche y nosotros hablábamos. Se estaba muy bien. Después de una paliza como aquella, después de haber comido algo, después de estar descansado con los pies dentro del saco. Josema se sentó a mi derecha. La luz era tenue. Justo la de las velas. Apenas nos veíamos las sombras. Pero hablábamos. Hablamos un montón. No sabíamos que haríamos al día siguiente. Yo no tenía ni idea de nada. Me daba lo mismo. Sabía que hiciese lo que hiciese me iba a gustar. Aquella noche sabíamos los tres que no íbamos a madrugar como el día anterior.

.....
Era el silencio. El silencio profundo que se metía entre nosotros. Aquel silencio intenso y fresco. Me gustaba. Me gustaba abstraerme por los caminos. Mirar el paisaje y pensar. Pensar en lo que estaba viviendo, en mis amigos que había dejado lejos. Los echaba un poco de menos. Echaba de menos la confianza. Sospechaba que no lo estarían pasando muy bien. Entre ellos también había un silencio. Un montón de silencios. Pero otra clase de silencios. De esos en los que se callan porque no hay nada que decir. O de esos en los que todos andan pensando qué poder decir más o menos. Una frase, un comentario, y más silencio.

Nosotros andábamos callando. Pero en ningún momento me sentí sola. Me ayudaban lo imprescindible. Me di cuenta la cantidad de veces que Josema, que iba detrás de mí, no me ayudaba a salir de la nieve. El quería que aprendiera por mí misma a llevar el piolet y a hacer la fuerza necesaria para sacar un pie apoyándome en la punta del otro, entre la nieve. Pero cuando hacia falta me ayudaba.

Me ayudaba callando. Y callando pensaba en mis amigos. Recogía alguna piedrita, alguna piña, algo de recuerdo para ellos. Y en cada cosita que cogía iba un poco de mis ganas y de mi silencio para ellos.

.....
Aquello se acababa. Las noches en las alfombras duras, cerca de la comida para espantar los ratones, los desayunos, los quesitos, el tono dulce, el sentirme importante. Se acababa en cada paso que dábamos.

Volvía para ir donde otros perros a que me rechazaran, con otra gente y que me echaran. Volvía a mi vida de costumbre hasta que en primavera llegaran más veraneantes. Cuestión de un día.

Se metieron en el bar y yo desaparecí. Me alejé antes de que pensarán que les daba la paliza. Antes de que me echaran. Antes de oír una palabra de rechazo por parte de ellos. Me habría dolido demasiado.